

Luis Poirot, fotógrafo:

“Dejar de ver al otro como una amenaza nos hará perder el miedo”

A los 80 años, anuncia nuevo libro, protagoniza un documental, y hace talleres, charlas y exposiciones virtuales. Aquí habla de su reinención en pandemia y por qué las relaciones humanas son lo que hoy lo mantienen vital.

Por Muriel Alarcon L.

Lo que fue una salida de fin de semana al campo se transformó en un periodo de profunda reinención para el fotógrafo autodidacta Luis Poirot. Entre marzo y octubre de 2020, en el encierro en una parcela familiar en Bucalemu con su mujer, la también fotógrafa Fernanda Larraín, sus hijas, Aurora, de 15, Isabel, de 11, sus gatas, Perla, Colette y Manchita, sus cámaras, la leica, la hasselblad, la pentax 6 x7 de medio formato, el retratista de Chile se armó de nuevo.

Sin exposiciones y el ambicioso proyecto en pausa de “El paisaje es el rostro” de LOM ediciones —un libro de retratos de ciento y tantos escritores chilenos, por publicarse estos días—, el artista conocido por su defensa a la fotografía análoga, se vio forzado a involucrarse en el mundo digital. En Instagram hoy tiene cerca de 20 mil seguidores, fotos comentadas al instante, miles de veces, y un escenario donde un día puede conversar distendidamente con algunas de las figuras que ha fotografiado —como Claudio Narea, que aportó detalles de la instantánea de un concierto que Los Prisioneros dieron en 1986 en el mítico Café del Cerro— pero también con un público anónimo, de Chile y el mundo, que pide información sobre la dificultad de las técnicas que enseña en sus talleres de fotografía.

“Un fotógrafo como yo trabajaba para dos medios: la exposición o el libro. La exposición se terminó. El libro estaba paralizado. ¿Cómo salía mi trabajo? Entonces ahí empezó Fernanda, porque es mérito de ella, a decirme: ‘Vamos a subir cosas a Instagram’”, dice Poirot a los 80 años, egresado de actuación y dirección teatral en la escuela de teatro de la U. de Chile, miembro de la Academia Chilena



MURIEL ALARCON

de Bellas Artes, autor de casi tres decenas de libros y fotografías que forman parte de la colección de la Librería del Congreso de Washington, del Reina Sofía y del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona.

Así, cuenta, se animó a compartir de su archivo, tesoros allí guardados que volvió a mirar como quien rebusca lo que se tiene en el fondo de un cajón. Y rescató fotografías que cuentan la historia más personal de Chile e Iberoamérica que empezó a subir casi instintivamente a la red. Retratos de Pablo Neruda, Nicanor Parra y Pin Pon en los 60, de Julio Cortázar y Armando Uribe en los 70, de

Salvador Dalí, Borges y Clotario Blest en los 80, de Sergio Larraín y Nissim Sharim en los 90, de Francisco Coloane, Pedro Lemebel y Francisca Valenzuela en los 2000.

“Con eso me di cuenta de que ahí se producía una comunicación que era un poco un sustituto de una exposición”, dice. “Es muy interesante lo que pasa con (plataformas) como Instagram (que te dan) la posibilidad de llegar, de comunicarse, y de que gente que de otra manera no iría a una exposición, vea mi trabajo”.

Poirot conversa desde su oficina en su casa en Providencia, entre pilas de cámaras, libros de fotografía, textos de es-

critoras chilenas como Lina Meruane, y Paulina Flores, y fotografías originales de Cartier-Bresson y Sergio Larraín. Diabético, hipertenso, operado al corazón con tres bypass, un rayo de sol tímido un jueves por la mañana cae sobre su ojo izquierdo que lagrimea. Es un recordatorio de un cáncer al lagrimal que años atrás por poco lo hizo perder el globo ocular.

“Yo no necesito ir a ninguna parte”, dice en su sillón. “Tengo la música, los libros, las gatas. Tengo mi mundo interior. Voy alimentándolo. Yo creo que el encierro me dio un momento de pensar. Uno pierde mucho el tiempo en la vida recorriendo, saliendo, agitándose, haciendo movimientos, y gestos inútiles. Por eso a mí me gusta esta pieza. Si salgo afuera, a veces me distraigo. A veces es un aleteo externo que no me aporta nada”.

—¿Pero no necesita un fotógrafo mirar siempre el mundo de afuera?

—(Se queda en silencio y cambia a un tono que recuerda al de un narrador de radioteatros) “Cuando paseo la mirada por ahí afuera, con el rectángulo en la mano, es en el interior de mí mismo que busco”, dijo Sergio Larraín. El fotógrafo André Kertész decía: “La imagen no es cuando aparece un elemento que permite una composición particular. Es cuando el mundo exterior participa en un sentimiento personal”.

Se detiene unos segundos y continúa:

—Uno busca en el exterior lo que le está pasando adentro.

“Vivir los años que he vivido”

Luis Poirot se autodefine como “un optimista o un iluso con más ideas en la cabeza de lo que años me quedan por vivir”. En su taller, fotografía no por pedido. Fotografía solo a quien quiere fotografiar. Hoy, quiere retratar a Elisa Loncón, y a Gabriel Boric. Ya se los hizo saber.

“No tengo duda de que en diez, veinte años, cuando hablemos de este momento en Chile, ellos van a ser los personajes clave. Son los que están haciendo la historia política en Chile”, asegura.

No es tanto la foto lo que lo mueve en sus encuentros con sus fotografiados. Es la conversación que busca sostener con ellos. Para él, “es más importante el encuentro que la fotografía”.

“Sé que con Elisa Loncón voy a aprender mucho. Boric representa ciertos valores de la política que hubo en un

momento determinado en Chile y que se perdieron. Miro con mucha ilusión eso”.

—**¿Cómo sabe que alguien está haciendo historia?**

—Me puedo equivocar, no es un juicio infalible, pero es percepción, intuición, vivir los años que he vivido.

Entusiasta del libro que está por publicar, cuenta que puertas adentro, durante los meses más aislados de la pandemia, leyó y conversó largamente al teléfono con varios de los escritores que incluye. Si bien la narración fue un recurso que por años encargó a su amigo Raúl Zurita, un día el escritor le preguntó que por qué él no escribía de lo que fotografiaba. Era él quien mejor sabía de lo que hablaba.

El confinamiento, dice, le dio el empujón: “Descubrí que aunque me costaba, y era un esfuerzo, me gusta escribir”.

Es una de las novedades del libro, que incluye desde retratos de célebres escritores, como Isabel Allende, pero también de nombres más ocultos, como Luis Domínguez, ex director de la escuela de periodismo de la U. Católica.

Mientras piensa en su segundo tomo, el escritor Francisco Mouat publicará estas próximas semanas “Autorretratos: Conversaciones de fotografía”, resultado de un distendido diálogo entre ambos. Sus seis décadas como fotógrafo de la memoria son también objeto de grabación del documentalista catalán Francesc Relea (quien tiempo atrás hizo un documental de Serrat y Sabina que llegó a Netflix), que prepara una cinta titulada “El último testigo”, y para el que hoy planean un crowdfunding para que el público participe como coproductor de la película. El filme incorporará episodios del pasado, como cuando Poirot registró la visita de Fidel Castro en Chile, el “tanquetazo” y la muerte de Franco, en España, pero también del presente, como sus días armado de una máscara antigas fotografiando marchas feministas o a los guitarristas que tocaron canciones de Víctor Jara frente a la Biblioteca Nacional en octubre de 2019.

—**¿Cómo ha sido estar del otro lado de la cámara?**

—Yo trato de olvidarme, de no pensar, de no ser un actor de mi vida, sino estar haciendo lo que hago normalmente, y que la cámara se las arregle para captarlo.

La cámara de Relea también incluirá reflexiones de los primeros meses de la crisis sanitaria, cuando Poirot se sintió “desechable”.

“Decían cosas que ya no se repiten, que no habría camas para todos, que empezaría una selección, que los mayores no tendríamos derecho a hospitalización. Yo dije: ‘esto es como los nazis’. Se nos condenaba a muerte. Fue bien cruel. La sociedad nos descartaba”, dice. En vez de las clases presenciales que junto a su mujer habían planificado dictar en modalidad práctica en su taller fotográfico en Huelén, hace poco más de un año

Poirot reescribía el temario del curso que no había variado en años. En vez de trabajar revelando negativos en un laboratorio, los alumnos podían acudir a cámaras digitales, incluso a sus teléfonos, para fotografiar. El curso se trató de aprender a mirar.

—**¿Y qué aprendió usted?**

—He ido aprendiendo mucho de la vida de los (otros). A (mis alumnos) les pedí autorretratos. “Mírate”. “Fotografía la pieza donde tú vives como Virginia Woolf”. “Fotografía los objetos que te rodean”, “pregúntate por qué los tienes”. “Fotografía a tu padre, a tu madre”. Entonces se transformaba en una confianza. Se vuelve a lo que (rodea el acto) del retrato. Es un acto de confianza. (A mis alumnos les) pedía un acto de confianza conmigo. “Confía en mí, yo no te voy a dañar. Yo quiero acercarme a ti, yo quiero estar contigo”.

—**¿Cómo se construye la confianza con una pantalla como intermediaria?**

—Tratando de ser sincero. Contando mi debilidad, mi carencia, mi temor.

—**¿Cómo manejó su vulnerabilidad?**

—Me sentí muy frágil, al final del camino, en el camión de la basura. Pero el encuentro con los alumnos me dio vitalidad y fuerza y me hizo superar esos malos pensamientos porque yo veía que yo era útil. De alguna manera yo estaba transmitiendo algo que para ellos era necesario. No solo el conocimiento.

Derrotar al encierro

La tecnología le ha permitido llegar a públicos de regiones y del mundo con los que siempre se había sentido en deuda. A pesar de que aún considera las pantallas un “medio frío”, donde no se logra aquel “acto solemne y ceremonioso” que ocurre durante el contacto en una exposición, “esa carga emocional” que un espectador vive ante una instantánea impresa, en el espacio virtual ha explorado y encontrado valiosas maneras de divulgar su arte. Meses atrás inauguró la exposición “Mujeres en la memoria” en una sala virtual de la Academia de Bellas Artes, que todavía se puede visitar online.

—**¿Qué ha ganado?**

—Conservo la comunicación con la gente. Para mí es muy importante compartir. (Con mi trabajo) yo no busco la aprobación o el palmeteo. Yo quiero (decir): “mira he hecho esto, esto a mí me gusta, me emociona, quiero compartirlo contigo”. Ya que estamos encerrados, no quedarme totalmente enclaustrado, derrotar de alguna manera este encierro.

—**Ha sufrido la partida de varios de sus contemporáneos, incluida la de Alejandro Sieveking, un gran amigo suyo.**

—Yo había estado con Alejandro en enero (del año pasado), hablando de reiniciar proyectos postergados. No pensé que se iba a morir tan pronto. Son esas muertes que uno no termina de aceptar. Es como que hubiera salido de viaje, to-



No tengo duda de que en diez, veinte años, cuando hablemos de este momento en Chile, (Loncón y Boric) van a ser los personajes clave. Son los que están haciendo la historia”.



(En el encierro) me sentí muy frágil, al final del camino, en el camión de la basura. Pero el encuentro con los alumnos me dio vitalidad, fuerza y me hizo superar esos malos pensamientos”.

mó un avión, anda en Europa y va a volver. Tengo esa sensación: Que no se fue, que está ahí. Es quizás porque hablo con él. Hablo con mis muertos y les pido ayuda, los tengo presentes, no los olvido. Cuando yo reviso el archivo (fotográfico), el gran porcentaje es gente que ya no está. Y es bien duro.

—**¿Y qué piensa?**

—De repente me agobia. Por eso también me he puesto a fotografiar escritores de generaciones mucho más jóvenes que yo, que van a estar vivos más tiempo que yo, para no solo estar hablando de un pasado, o de un tiempo mío. Es doloroso cuando revisas y ves a toda la gente que ya no está. (Combato el dolor) fotografiando a gente más joven. (Mi) archivo contemporáneo no es solo un pantheon del pasado, hay cosas del presente.

—**¿Nos cuesta ver la memoria en tiempo real?**

—Sí. Siempre he arrancado, y le he hecho el quite a (ser) esa especie de viejo combatiente que vive de cosas que pasaron atrás. Me interesa saber cuál es la vivencia de gente menor que yo. Gente que ha crecido en un país distinto al país donde yo me crié. Me dan otra visión.

—**¿Le tiene miedo a la muerte?**

—No tanto. Es inevitable. Nos va a llegar. Es un plazo que está acordado. (Le temo) a una agonía indigna, sufriente, (a estar) enchufado, haciendo sufrir a mi entorno, a Fernanda, a mis hijas. No quiero eso. Por eso me cuido, por eso tomo medicamentos, le hago caso a los médicos, soy prudente.

—**¿Cómo se mantiene vital?**

—Yo he hecho un esfuerzo consciente de estar en contacto. Estoy comunicándome. Tengo todos los días clases. Me comunico por internet, hablo con amigos, comparto imágenes, experiencia, no estoy encerrado. Estoy distanciado físicamente pero no espiritualmente, ni interiormente.

—**¿El costo más alto de la pandemia?**

—El miedo. Estamos viviendo con miedo no solo del bicho, sino también miedo unos de otros. Estamos desconfiados. Hay mucha agresividad en las calles. Yo tengo temor de salir con una cámara a la calle y que me vayan a robar. Hay mucha violencia, agresividad. Tenemos que vencer el miedo porque no podemos vivir con miedo; miedo al otro. Quizás en eso ayuda la cultura. Quizás sea el lenguaje del arte y de la cultura la forma de acercarnos.

—**¿Cómo el arte puede hacernos perder el miedo?**

—El arte son siempre buenas noticias. El arte saca posiblemente lo mejor que hay en el interior de cada ser humano. Nos acerca, y ayuda a comunicarnos. Todas las semanas descubro un personaje que me interesa, algo que no sabía. Algo de lo que quiero leer, conocer. Y eso me acerca a otro. Esa cercanía es inherente a nosotros. Somos seres gregarios. Dejar de ver al otro como una amenaza nos va a hacer perder el miedo.